

SAN EMETERIO Y SAN CELEDONIO, MÁRTIRES

Día 3 de marzo

P. Juan Croisset, S.J.

Sabemos que se escribieron por extenso las circunstancias todas del martirio de los santos hermanos Emeterio y Celedonio; pero el tirano, que los sentenció á muerte, mandó que no se escribiese nada, y que se entregase á las llamas lo que se encontrase escrito acerca de estos Santos. Por esta razón es muy poco lo que con certeza se puede asegurar, así de la patria y calidad, como de los tormentos y persecución que padecieron hasta la muerte estos gloriosos y célebres mártires de Jesucristo. Dícese que fueron naturales de León, é hijos de San Marcelo, que era de familia muy ilustre, y á la sazón era capitán de la legión romana que había en aquella ciudad. A ejemplo de su padre siguieron también los dos hijos la carrera de las armas, portándose en ella como verdaderos cristianos, obedeciendo enteramente á sus jefes, en cuanto no era contrario á las leyes de la religión que profesaban, y sirviendo al César sin desagradar á su Dios.

Habían ya militado mucho tiempo bajo las banderas del Emperador, cuando, sabiendo que se encendía una cruel persecución en España contra el nombre cristiano, no pudiendo sufrir que fuese perseguida la religión que habían mamado con la leche, siendo la sola verdadera y divina, se encendieron en vivísimos deseos de pelear animosos por ella hasta dar la vida en su defensa. No habían llegado á León los edictos imperiales contra los cristianos, pero sabían haberse publicado en Calahorra, donde se hallaba el procónsul, y que allí eran buscados

con exquisita diligencia para obligarlos á que sacrificasen á los ídolos y renunciasen el nombre y las obras de cristianos.

Vamos, pues, decía *Emeterio á su hermano Celedonio*: vamos en busca del enemigo, dondequiera que se encuentre. Ya hace mucho tiempo que militamos bajo las banderas mundanas, y en su servicio, ó nos consume el ocio, ó la fatiga nos proporciona solamente un premio percedero y caduco. Sigamos ya las banderas triunfantes del verdadero y único Emperador del Cielo y de la Tierra.

Así exhortaba Emeterio á su hermano Celedonio; pero éste, no menos resuelto á entrar en el mismo combate le respondió en estos términos: «Pues ¿en qué te detienes? ¿Dudas acaso en tenerme por compañero de tan dichosa suerte?» Así se animaron mutuamente los santos hermanos, y renunciando al servicio del Emperador, y á, cuantas ventajas podían esperar en la milicia, se encaminaron á la ciudad de Calahorra, donde era más fuerte la persecución, y sin miedo á los imperiales edictos predicaban libremente á Jesucristo, reprendiendo al mismo tiempo la ciega superstición de los paganos. No fue menester más para que luego fuesen conocidos por cristianos, y como tales, mandados arrestar en una obscura cárcel. Es indecible el gozo que sintieron los valerosos soldados viendo que sin duda aprobaba el Cielo su resolución generosa cuando los hacía dignos de padecer por Jesucristo. Resueltos á padecer cuanto pudiese inventar contra ellos la crueldad de los tiranos, no les atemorizaban las amenazas de haber de luchar con las fieras, ó de haber de sufrir crudelísimos azotes, ó ser probados por el fuego, ú ofrecer la cerviz al cuchillo: les era indiferente cualquier género de muerte, y no sentían los tormentos sino porque les retardaban el logro de sus ardientes deseos.

Habiendo sido inútiles para vencer su constancia cuantos ardidés pudo inventar la rabia de los paganos, fueron por último sentenciados á muerte por el cónsul romano que gobernaba en Calahorra. Esta noticia llenó de indecible alegría á los generosos soldados, que ya esperaban por momentos el feliz instante que los iba á unir para siempre con su Dios. Sacáronlos de la cárcel, y condujéronlos entre innumerable pueblo á las orillas del río Arnedo, donde debían ser degollados. Ya estaban en el lugar del suplicio, cuando Emeterio arrojó al aire el anillo que tenía en la mano, y Celedonio un lienzo ó pañuelo, que á vista del innumerable concurso se fueron elevando hacia el Cielo hasta perderse de vista. Este prodigio, no esperado, llenó de admiración y pasmo, no sólo á los circunstantes, sino también al mismo verdugo, que iba ya á descargar el golpe mortal sobre los mártires, que, instruidos por esta maravilla del camino que debían seguir sus almas, y de que el Cielo visiblemente había aceptado sus dones, esperaban con ansia el último momento. Fueron por último degollados allí mismo, y sus cuerpos sepultados cerca del dicho río, adonde se cree que permanecieron mucho tiempo, hasta que, finalizada la persecución, fueron hallados y descubiertos, y hoy se conservan en la catedral de Calahorra, siendo tenidos y venerados por principales patronos de toda la diócesis, en la cual se celebra su fiesta con la mayor solemnidad y devoción, y en todos los dominios de España se celebra también su día con Oficio eclesiástico de rito doble, y se inserta en él gran parte del elogio que hizo de estos santos mártires el poeta Prudencio.

Dícese que las cabezas de los Santos fueron halladas mucho tiempo después de su glorioso martirio en una bahía cerca de Santander en la montaña, y que antiguamente se llamaba este pueblo puerto de San Emeterio. También se cree que parte de sus sagradas

reliquias se trasladó antiguamente á Sallers, en Cataluña, desde donde fueron segunda vez trasladados á Cardona en tiempo del rey Martín de Aragón, por su almirante el conde de Cardona; pero en todas partes ha obrado el Señor innumerables prodigios por la intercesión de estos gloriosos mártires con todos cuantos con verdadera devoción los invocan.

SANTA CUNEGUNDA, EMPERATRIZ, VIUDA Y VIRGEN

Fue Santa Cunegunda hija de Sifrido ó Sigefrido, señor palatino del Rhin, primer conde de Luxemburgo y de Heswigis, señora de las mayores casas de Alemania. Salió á la luz del mundo hacia el fin del décimo siglo, y correspondió su educación á lo alto de su nacimiento y á la piedad de sus padres. Mamó con la leche una ternísima devoción á la Santísima Virgen, y con esta devoción se la pegó aquel amor ardiente, que conservó toda la vida á la virtud hermosa de la castidad.

El aplauso universal y la general estimación que se granjearon las prendas de Cunegunda encendieron la inclinación de los mayores señores para pretenderla; pero logró ser preferido á todos San Enrique, duque de Baviera, que, muerto el emperador Otón III, fue elevado y proclamado rey de romanos.

Habían nacido la una para la otra aquellas dos grandes almas; y siendo el matrimonio tan igual, no podía dejar de ser el más feliz. Raras veces se ha ofrecido á los ojos y á la veneración del mundo virtud más heroica en este estado. Prevenidos los dos castos esposos de aquellas gracias especiales que están destinadas para hacer los mayores santos, convinieron recíprocamente el primer día de la boda en guardar

perpetua castidad, consagrandolo á Dios su pureza.

Resuelto el emperador Enrique I á pasar á Roma para recibir la corona imperial de mano del papa Benedicto VIII, quiso que le acompañase en este viaje su esposa Cunegunda, para que asimismo recibiese de la misma mano la corona de emperatriz. No hay voces para expresar los grandes ejemplos de virtud que iban esparciendo por todas partes estos dos insignes dechados de perfección cristiana.

Muchos años habían pasado Enrique y Cunegunda en aquella perfecta unión, cuando el enemigo común de la salvación del género humano, que no podía sufrir tan rara y tan heroica virtud en medio de una corte, movió todas sus máquinas para derribarla, ó á lo menos para obscurecerla.

Atrevióse el espíritu de la maledicencia y la calumnia á la fidelidad y á la pureza de la santa Emperatriz, y halló resquicio para introducir en el pecho del santo Emperador la aprensión ó la sospecha; porque permitió el Cielo que se dejase preocupar, para acrisolar más la virtud de Cunegunda. La castísima princesa, aconsejada únicamente por la virtud de la humildad, á que era inclinadísima, resolvió desde luego abrazar con alegría esta obscura humillación con que la ennegrecía la calumnia. Ya su silencio y su resignación habían hecho más insolentes ó más atrevidos los recelos, cuando la representaron la obligación en que estaba de quitar el escándalo de sus pueblos, á quien debía de justicia el ejemplo de una vida intachable é irreprochable. Llena de segura confianza en Aquel que á un mismo tiempo era protector y testigo de su virginidad, ofreció justificarla, encomendando á la prueba del fuego el testimonio de su inocencia.

Anduvo Cunegunda con los pies descalzos por barras encendidas sin recibir lesión alguna. Conoció el mundo el mérito de su pureza; y el Emperador, condenando su nimia credulidad, no perdonó á medio ni á diligencia para reparar la injuria que habían hecho á su castísima esposa, ó á la facilidad de su genio, ó á la excesiva delicadeza de su pundonor. Desde entonces se estrechó más el vínculo ó casto nudo que dulcemente los unía. Convinieron ambos en edificar á nombre y expensas comunes la catedral de Bamberg, con magnificencia verdaderamente imperial; la Emperatriz por sí sola fue fundadora del célebre monasterio de benedictinos que, con el nombre de San Miguel, fue adorno y ejemplo de la misma ciudad, y poco tiempo después fundó allí mismo otro segundo con la advocación de San Esteban, siendo muy contadas las ciudades de Alemania donde no dejase religiosos monumentos de su singular piedad.

Acometióla una enfermedad peligrosa, y, luego que salió de ella, en acción de gracias fundó otro tercer monasterio de monjas benedictinas con el título de Santa Cruz, dotándole con una magnificencia digna de tan gran princesa.

Sucedió la muerte del Emperador el año 1024, y en ella sintió la santa Emperatriz el más vivo y penetrante dolor; tanto, que hubo menester toda su virtud para no rendirse á la fuerza del sentimiento. Libre ya de cuanto podía aprisionar su corazón en la Tierra, sólo anheló por el retiro, para dedicar todo su espíritu al Cielo.

El mismo día en que se celebraba el cabo de año de la muerte de su bienaventurado esposo, convocó gran número de prelados para celebrar la dedicación de la iglesia que había edificado á sus imperiales expensas en su muy amado monasterio de Caffungen. Asistió á la ceremonia, adornada de ostentosas galas y revestida de

sus insignias imperiales. Concluido el Evangelio de la Misa, se acercó al altar mayor, y ofreció un pedazo de *Lignum crucis* primorosamente engastado en riquísimo relicario; despojóse después de la púrpura, y se vistió un humilde hábito de religiosa, de color morado, que ella misma había cosido por sus manos, y había hecho que se le bendijesen los obispos. Cortóse los cabellos, que se guardaron en el monasterio como preciosa reliquia; echóla el velo sobre la cabeza el obispo de Paderborna, y entrególa un anillo en prendas de su desposorio con el Esposo Celestial. Acabada la ceremonia de la profesión religiosa, aquella purísima heroína, á vista de toda la grandeza de la corte y del inmenso gentío que se deshacía en lágrimas, entró con despejo en el monasterio, donde pasó encerrada los quince últimos años de su vida, entregándose únicamente al ejercicio de las más sublimes y más heroicas virtudes.

Vivió perpetuamente en estado de religiosa particular, rendida con humilde sumisión á todas sus hermanas, mirándolas á todas como si fuesen superiores. No parecía posible humildad más profunda ni más sincera, obediencia más perfecta ni más sencilla.

Las horas que no la ocupaban otras obligaciones más esenciales, ya se sabía que todas se habían de dar á la oración ó á la asistencia de las enfermas. Era extrema su mortificación; tanto, que vivía, al parecer, de milagro. Al fin la naturaleza se dio por entendida, y fue necesario ceder á la suma debilidad á que la redujeron sus rigurosas penitencias y sus continuas vigiliias. Recibió los últimos Sacramentos de la Iglesia con aquella tierna devoción y con aquellos consuelos interiores que tiene Jesucristo reservados como de justicia para sus dignas esposas. Afligióse tanto de que después de muerta quisiesen tratar como Emperatriz á la que había vivido y estaba para morir como pobre religiosa, que, inmutado

repentinamente su apacibilísimo semblante, no se tranquilizó ni serenó hasta que la dieron palabra de que sería enterrada sin la menor distinción, como todas las demás. Murió el día 3 de Marzo del año 1040, y, conducido su santo cuerpo á Bamberg, la honró Dios con la gloria de los milagros después de muerta, cuyo don la había concedido cuando viva. Ciento y sesenta años después, conviene á saber, el de 1200, la puso en el catálogo de los santos, con la solemnidad acostumbrada, el papa Inocencio III,

En las actas antiguas de la vida de esta Santa se halla la oración siguiente:

i Oh Dios, que, entre las demás maravillas de tu poder, hiciste tan sobresaliente en todo género de virtudes y en todo género de estados á tu sierva la santa virgen Cunegunda, que aun en el matrimonio no perdió la hermosa flor de la virginidad, y en la viudez, tomando el hábito de religiosa, nos fue á todos brillante ejemplar de toda perfección por la santidad de su vida, concédenos, por sus merecimientos, que nos alentemos, según nuestra flaqueza, á imitar los asombrosos ejemplos de aquella en cuyas dignas alabanzas deseamos emplearnos! Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Misa es en honor de los Santos Emeterio y Celedonio, y la oración la siguiente:

iOh Dios, que diste fortaleza á los gloriosos mártires Emeterio y Celedonio para confesar tu Santo Nombre! Concédenos, piadosísimo Señor, pues veneramos en la tierra sus sagrados cuerpos, lleguemos á gozar también de su compañía en los Cielos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 3 del libro de la

Sabiduría.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morían, y se juzgó ser una aflicción el que saliesen de este mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero ellos están en paz y, si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de la inmortalidad. Habiendo padecido ligeros males, recibirán grandes bienes; porque Dios los tentó y los halló dignos de sí. Probólos como al oro en la hornilla, y recibiólos como á una hostia de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimación. Resplandecerán los justos, y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos, y su Señor reinará eternamente.

REFLEXIONES

Las almas de los justos las tiene Dios en su mano. ¿Qué consuelo podrá igualar á la satisfacción que engendra por sí sola esta sentencia? ¿Quiénes, sino los justos, podrán gloriarse de un apoyo tan fuerte, tan sólido, tan duradero, tan incontrastable? *La mano de Dios*, es decir, aquella virtud infinita que sacó de la nada los Cielos y la Tierra; aquel poder inmenso á que no se encuentra oposición ni resistencia; aquella fuerza y valor que postra todo el poder de los asirios y anubla en un momento todo el resplandor de sus victorias; aquel dominio omnipotente que manda á las olas del mar Bermejo que se rompan y formen dos murallas mientras se salva el pueblo electo, y que se junten y sumerjan á Faraón con todo su ejército. *La mano de Dios*, que es la omnipotencia de Dios, inseparable de su justicia, de su bondad, de su misericordia y de todos sus atributos, es el sitio, el castillo y muro donde los justos se refugian y en donde colocan su seguridad y confianza.

Por eso están *seguros de que pueda tocarlos el tormento de la muerte*. No solamente de la muerte eterna, que es la que temen los justos, sino de la muerte temporal, la cual miran con ojos distintos y con diferentes respetos que la miran los impíos. Para éstos la muerte es el mayor de los males, y los tormentos que la acompañan lo más horroroso entre todas las miserias; para los justos es una condición necesaria para haber de gozar de su Dios.

Pero aun hay más razones de consolación para los esforzados soldados de Jesucristo, llamados en las divinas Letras por excelencia *los justos*. Sabían que eran infalibles las divinas promesas, y sabían cuan magnificas eran éstas á su favor. *Juzgarán á las naciones y dominarán á los pueblos, y no tendrán eternamente otro superior, otro presidente, otro rey que aquel Dios omnipotente y eterno* por quien vertieron su sangre. Si los tiranos hubieran tenido entendidas estas sentencias, ¿se hubieran atrevido á teñir sus manos en una sangre inocente? Pero ¡qué confusión la suya, cuando vean ser sus jueces aquellos mismos á quienes condenaron á muerte ignominiosa con sus sentencias! ¡Qué confusión la suya cuando miren irrevocable aquella sentencia que los condena por una eternidad á los tormentos del abismo! Tal es la equidad con que trata á los hombres la justicia divina, y tal la recompensa con que premia y ensalza Dios á los que dan verdaderas muestras de amarle en esta vida.

El Evangelio es del cap. 21 de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando oyereis las guerras y sediciones, no os asustéis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces les decía: se levantará una nación contra otra nación, y un reino contra otro reino, y habrá

grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el Cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas y á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi Nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad, pues, en vuestros corazones que no cuidéis de pensar antes lo que habéis de responder. Porque Yo pondré palabras en vuestra boca y os daré una sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi Nombre; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACIÓN

Del martirio que cada uno puede hacer en si mismo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la significación de este nombre *mártir* es propia de todo cristiano, aunque vulgarmente se apropie á los que tuvieron la gloria de dar su sangre por Cristo; pues mártir no quiere decir otra cosa que *testigo*; y aquel que en las obras da testimonio de la fe que profesó en el bautismo, ése podrá llamarse con propiedad mártir de la fe y del Evangelio. Este testimonio es tan esencial y necesario á la vida cristiana, que sin él falta lo que caracteriza nuestra religión por santa y poseedora de aquella sublime revelación que nos asegura contra todas las dudas. Sin el testimonio de la fe, nuestras obras serán infructuosas para la vida eterna; así como la fe carecerá de su preciosa vida cuando no se sensibilice su movimiento con las obras.

Así es; *pues nuestra fe es la victoria con que se vence al mundo.* La verdadera fe sujeta y oprime los deseos, para que no se dirijan sino á los objetos santos y permitidos. La verdadera fe hace que borre la penitencia con sus dolores y sacrificios aun las más leves reliquias de odio ó de enemistad. La verdadera fe te enseña *que no tienes aquí habitación permanente, sino que debes anhelar por la futura,* y que, de consiguiente, debes negarte á los placeres sensibles, hacer de tu interior y de tu espíritu una misma crucifixión para imitar á los santos y poner entredicho á todas tus pasiones y á todos tus apetitos para vivir una vida propiamente mortificada.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que el martirio es un sacrificio, y que dificultosamente se podrá decidir si es más doloroso el que se hace de la vida ó el que se hace de los juicios y del entendimiento. Cada vez que se sacrifica á la fe cuanto sugieren la razón natural, la experiencia y la filosofía, padecen nuestro amor propio y nuestra soberbia un sangriento martirio, que la sumisión á la palabra de Dios y la humildad deberán hacer meritorio. Pero, cuando Dios habla, ¿se atreverá á levantar la voz la vana y pueril sabiduría? Esta consideración, siendo sólida, causa en las almas mucha paz y confianza; pero al mismo tiempo aminora la repugnancia que encuentra la curiosidad en cautivar sus débiles juicios en obsequio de la fe.

No te haces padecer á ti mismo una continua violencia en tus aprensiones, y así careces del mérito que te correspondía por este género de mortificación y de martirio. ¡Oh Dios mío, vuestra fe es una luz soberana que ilumina mi entendimiento; vuestra gracia es una ilustración que esclarece mi entendimiento é inflama mi voluntad! Dadme, Señor, gracia, y aumentad en mi alma los efectos de una fe verdadera.

JACULATORIAS

Desde mi juventud ¡oh Dios mío! habéis sido mi doctor y mi maestro, y así yo no dejaré jamás de publicar tus portentosas maravillas.— *Ps. 70.*

Padecemos trabajos y persecuciones, y somos malditos, porque tenemos nuestra esperanza en Vos, Dios nuestro, que sois el Salvador de todos, principalmente de los fieles.—*Paulus ad Tim., I , cap. 4.*

PROPÓSITOS

Todo cristiano está desposado con un esposo de sangre: lo cual quiere decir, que todo cristiano debe imitar á Jesucristo, con quien el alma se desposó en el bautismo, recibiendo su fe por prenda de su amor, y obligándose á dar testimonio de ella según su posibilidad.

Sin fe es imposible agradar á Dios, y sin las obras de la fe no se puede lograr el concepto de verdadero cristiano. Los mártires desempeñaron y merecieron este concepto vertiendo su sangre y mirando sus miembros destrozados por Jesucristo. De este modo creyeron que se podía subir á los Cielos por la gracia de Dios, y de este modo cumplieron las obligaciones que impone la fe á los verdaderos cristianos. ¡Qué diferencia de tu modo de pensar al de estos esforzados soldados de Jesucristo! ¡Qué necesidad tan execrable! Vuelve en ti: lo que no has hecho hasta ahora, proponte ejecutarlo de aquí adelante. Busca un sabio director de tu alma, aprende de él tus obligaciones y la manera de ejecutarlas; ponte en sus manos y procura en lo sucesivo dar testimonio de Jesucristo en la santidad y perfección de tus obras.